y nos desafía a desplegar el asombro propiamente filosófico que ya en los años cuarenta reclamaba Benjamin.

¿Puede haber una vida no fascista sin asumir el problema de la ofensiva violenta? León Rozitchner escribió que, si la guerra forma parte de la política como violencia encubierta en la legalidad, de lo que se trata es de profundizar la política para encontrar en ella y desde ella las fuerzas colectivas que, en su entidad real, establezcan un límite al poder. Un contrapoder no es meramente un límite al poder; porque el límite mismo es lo que abre el campo político democrático. Solo la capacidad efectiva de poner un límite a las iniciativas del poder inaugura un espacio heterogéneo en el que ensayar formas de ser y de hacer. La guerra está presente en la política desde el comienzo, señala Rozitchner, solo que encubierta. Por eso no se trata de negar la necesidad de la guerra, sino de afirmar que es necesario encontrarla y afrontarla desde la política, nunca desde afuera de ella. Porque de lo que se trata, desde la perspectiva de los contrapoderes, es de suscitar las fuerzas colectivas sin las cuales ningún grupo ni organización podrá por sí mismo vencer en la guerra. En otras palabras, una política de contrapoderes asume la guerra como una estrategia de dominación a desactivar. Es en el espacio abierto entre la creación de formas de vida y la necesidad urgente de detener el desastre actual que pueden inventarse métodos de convergencia política y de liderazgos, en un contexto en el que lo verdaderamente desafiante es poder asumir una percepción estratégica de lo real sin aplastar su complejidad ni perder de vista la conciencia histórica de la enemistad.

En 2015, durante los días posteriores a la victoria presidencial de Mauricio Macri, se hizo evidente hasta qué punto se había subestimado el potencial subjetivador de las micropolíticas neoliberales. No se había profundizado lo suficiente en la crítica de los años kirchneristas, y eso impidió poder anticipar y comprender la magnitud del oscurecimiento en curso. Se hizo necesario desmontar el prejuicio progresista de la evolución histórica, basado en secuencias lineales, y asumir un esquema de coexistencia de temporalidades, de cohabitación en el tiempo de fenómenos heterogéneos.

En el período que en la Argentina va desde 2001 hasta 2019 -y que tiene sus equivalentes relativos en parte de la región latinoamericana- es posible reconocer ciertas formaciones o figuras: las subjetividades de la crisis, con su potencia destituyente; la voluntad de inclusión, con su potencia de participación militante; y las micropolíticas neoliberales, con su potencia subjetivadora-estabilizante. Si bien puede resultar tentador referir cada una de estas

dinámicas a un determinado ciclo histórico (ligar así la potencia destituyente a la crisis de 2001, la voluntad de inclusión a los años del kirchnerismo y la potencia subjetivadora de las micropolíticas neoliberales al gobierno de Macri), lo que interesa es poner de relieve sus interacciones y superposiciones, para hacer emerger esas tensiones problemáticas que hoy es necesario pensar.

Alejandro Horowicz caracterizó como "democracia de la derrota" el lapso que va desde el retorno de la democracia, en 1983, hasta la crisis de 2001, ya que durante ese tiempo, sin importar qué partido político ganara en las elecciones presidenciales, el resultado siempre redundaba en la aplicación de un mismo programa político neoliberal y de impunidad a los crímenes del terrorismo de Estado. Con el ciclo de resistencia popular que se inaugura el 26 de junio de 1996, con las puebladas de las localidades neuquinas de Plaza Huincul y Cutral-Có, las subjetividades de la crisis irrumpen en este escenario, creando una contracultura antagonista que reintroduce en lo político aquellas tensiones y los desafíos que el terrorismo de Estado había aniquilado en los años setenta. El kirchnerismo fue la salida garantista y redistributiva a esa situación o, en otras palabras, la respuesta progresista que el sistema encontró ante el fuego de los piquetes y el ruido de las cacerolas.

En su libro *Desde abajo a la izquierda*, Mariano Pacheco sitúa la Masacre de Avellaneda<sup>1</sup> como punto de inflexión que da curso a una compleja transición tras la culminación

de un ciclo de resistencia popular y antineoliberal.<sup>2</sup> La brutalidad policial apuntó a liquidar la expansividad de un proceso de lucha, al tiempo que el masivo repudio a la represión produjo un efecto duradero sobre la política argentina. Sus consecuencias inmediatas fueron el adelantamiento de las elecciones, el consiguiente repliegue político del peronismo bonaerense, liderado por el entonces presidente Eduardo Duhalde, y la llegada al gobierno de Néstor Kirchner que elaboró una salida negociada a la crisis. Ya durante el gobierno de Kirchner, el sistema político fue elaborando los medios para readecuar los mecanismos de la representación política a este escenario: asumió el contacto con las fuerzas de la crisis, abrió un espacio de participación subordinada para las organizaciones populares, y adoptó como propia una retórica antineoliberal que a la larga, y en particular durante el conflicto con las patronales del campo, acabaría por madurar en una voluntad militante de inclusión.

Cada una de las formaciones micropolíticas que pueden reconocerse durante la secuencia 2001-2019 traba relación con una determinada coyuntura y despliega una potencia específica. Así como las subjetividades de la crisis ponen en juego una potencia destituyente en el contexto de una crisis que en su misma profundidad bloquea –represión mediante– su capacidad de hacer madurar rápidamente una nueva forma política, la emergencia de una voluntad de inclusión participativa, resulta inseparable de un contexto regional favorable y del trabajo de zapa del ciclo previo de luchas. La participación militante que acompañó sobre todo al gobierno de Cristina Fernández de Kirchner, en particular desde el conflicto con las patronales agropecuarias, no puede ser explicada como un mero

<sup>1.</sup> El 26 de junio de 2002 se produjo la masacre de la estación de tren Avellaneda, al sur de la ciudad de Buenos Aires, en la que fueron asesinados Maximiliano Kosteki y Darío Santillán, ambos militantes de la Coordinadora de Trabajadores Desocupados Aníbal Verón, parte del movimiento piquetero. El operativo fue planificado por el poder político del Estado en respuesta a las demandas de normalización provenientes del poder económico. La mejor investigación sobre este suceso sigue siendo el libro Darío y Maxi. Dignidad piquetera, El Colectivo, Buenos Aires, 2003.

<sup>2.</sup> Ver Mariano Pacheco, *Desde abajo a la izquierda*, Buenos Aires, Cuarenta Ríos, 2019.

El pasaje de una configuración antagonista a otra en la que se tiende a crear una mediación política de tipo progresista no fue pacífico. Entre la Masacre de Avellaneda y la asunción de Kirchner se fue perfilando lentamente lo que el historiador Javier Trímboli caracteriza como la transición del pueblo-insurrección al pueblo de la voluntad de inclusión, en su libro Sublunar. Entre el kirchnerismo y la revolución. El horizonte ya no es transformar sino reparar. Y dentro del nuevo horizonte de la reparación, gobernar implica reencauzar. Por entonces, en un editorial del diario La Nación, el periodista conservador Joaquín Morales Solá explicaba que "el incordio mayor, el intruso a derrotar" no era el nuevo "gobierno de Kirchner", "relativamente confiable", sino "la presencia ya prolongada de este sujeto social -entre zombis y cavernícolas embozados- que saltó a la palestra con el cambio del siglo". 3 La derecha se proponía derrotar; el kirchnerismo, convocar.

Aunque se fue formando sobre la marcha y al comienzo resultaba por ello más bien impreciso, el programa de la inclusión tiene ciertos rasgos claramente identificables en los ejes del consumo interno (el deseo de desarrollo industrial y la creación de empleo; la captación desde el Estado de parte de la renta generada por las actividades extractivas y de exportación de commodities, el incentivo al consumo mediante subsidios, planes sociales y sistemas

masivos de crédito y endeudamiento), la reparación social (programas sociales como la Asignación Univesal por Hijo, políticas de derechos humanos, de reconocimiento a minorías), la disputa contra el monopolio comunicativo (ley de servicios audiovisuales), la integración sudamericana (Unasur) y la reivindicación de la figura del militante dentro de las reglas del sistema político vigente. Se trata de un programa que emerge de combinar la vocación reparatoria con las necesidades de normalización de la crisis, un programa que busca compatibilizar un llamado a la movilización con una garantía de rentabilidad para el capital concentrado. El surgimiento de la voluntad de inclusión en el plano de las políticas públicas y de las militancias supone así una clara conversión respecto de las potencias destituyentes de la crisis.

En Sublunar, Trímboli narra la historia de quienes persiguiendo los ecos de la revolución setentista fueron adentrándose en el kirchnerismo. La constitución de la voluntad de inclusión no se explica sin reparar en el astillado campo de los debates culturales de los años noventa en torno a qué hacer con los restos vivos de aquel legado, y en la perplejidad de buena parte de la intelectualidad argentina, que en un principio le había dado la espalda al peronismo, frente a la irrupción de un nuevo movimiento de masas. Según Trímboli, la convocatoria de Kirchner atrajo a una parte importante de estas limaduras desperdigadas. Aquel llamado no suponía conversión sino convergencia; no invocaba ya a la revolución sino a la historia. Si la revolución había dejado de tener realidad práctica, la historia aún podría ofrecer un vínculo vivo entre sentido y tarea. En torno a la historia se podía seguir pensando políticamente, dejar atrás el consenso neoliberal de los años noventa, vividos como el círculo vicioso de unas vidas desperdiciadas y una política desangelada.

La derrota tiene su carga epistemológica, afecta la percepción, produce distorsiones ópticas. Lo perdido idealizado

<sup>3.</sup> Citado en Javier Trímboli, Sublunar. Entre el kirchnerismo y la revolución, Buenos Aires, Cuarenta Ríos, 2017.

0

S

W

perturba en ocasiones el tratamiento "sublunar" -es decir mundano, no-utópico- de los asuntos irresueltos en el legado de la revolución. Dice Trímboli: "La política sublunar por primera vez nos atrajo. Leíamos como nunca los diarios; hicimos cálculos electorales de todo tipo; no faltó quien se entrevistara con un barón del conurbano y nos sentamos en despachos de ministerios; gastamos tiempo -demasiado ;no?- en entender cómo funciona la Corte Suprema de Justicia". 4 La derrota conserva -congelada- una imagen del cambio social que, como escribe el filósofo español Amador Fernández-Savater, no permite apreciar las variaciones del entorno, impide ver en las mutaciones de la rebelión nuevas posibilidades políticas a desplegar. Esa carga distorsiva impidió ver en la crisis de 2001 otra cosa que no fuera una revolución frustrada o una antipolítica reaccionaria: canceló la posibilidad de ver allí una experiencia nueva. Y a la vez, es imposible entender de qué se trató el kirchnerismo sin aludir a esta experiencia que, como toda experiencia, implicó tejer un sentido capaz de dar cuenta de un acontecimiento.

Si las expectativas revolucionarias pudieron describirse como un intento de realización del paraíso en la tierra, la experiencia kirchnerista fue vivida por algunxs de sus protagonistas -según reconstruye Trímboli- como un intento de aplazar y contener la realización del mal. Hacer política en épocas no-revolucionarias -hacer política no-revolucionaria-, consiste en evitar lo peor. Ya no "la victoria siempre", sino, en todo caso, una tentativa por posponer, detener o más bien moderar la barbarie a como dé lugar: interrumpir todo lo que se pueda el avance enemigo. Esta política no se hace con el "entusiasmo" que Kant asociaba a la revolución, sino con un sentimiento más ambiguo e

impreciso. Parafraseando al Marx de El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte, la voluntad de inclusión no extrae su poesía del porvenir, sino de su cancelación. Una vez eclipsada la sensibilidad autonomista, la virtud de la voluntad de inclusión se limita a aprovechar el control del Estado para desviar parcialmente los fatalismos del mercado todo el tiempo que sea posible, postergando la inevitable consumación de la catástrofe neoliberal. Según esta interpretación de los hechos, 2001 se extiende y prolonga hasta 2015. Estos serían los años de la anomalía argentina, un proceso único con inflexiones internas. A partir de 2015, con el triunfo de Macri, se cerraría un paréntesis, se reanudaría la debacle. Una lectura alternativa colocaría a 2015 como continuación de una misma centralidad de la experiencia subjetivadora del consumo, ya no en función de mecanismos de inclusión, sino ahora como un llamado a creer en el mundo a partir de puros dinamismos de mercado.

#### DIALÉCTICA DE LA INCLUSIÓN

Es necesario preguntarnos, entonces, por la ambivalencia de la voluntad de inclusión, y no porque creamos que las covunturas puedan repetirse, sino más bien porque la dialéctica inclusión-exclusión permanece activa y, en sus rasgos centrales, sique animando al progresismo político. Y, sobre todo, porque la misma idea de inclusión termina por movilizar dinámicas de participación "desde arriba" y en ocasiones desalienta -o desestima- perspectivas ya desplegadas "desde abajo". Y no es que "arriba" y "abajo" deban excluirse mutuamente, o que no exista comunicación entre dinámicas de un tipo y otro. La tensa intersección entre orientaciones opuestas no deja de ser una oportunidad para la invención política. Pero la imagen convencional de la inclusión presupone formas de mediación social en las que las conexiones transversales son desmerecidas en favor

<sup>4.</sup> Ibid.

<sup>5.</sup> Ver Amador Fernández-Savater, "No hay fracaso si hay balance: poder y potencia en el ciclo 15M-Podemos", El diario, 28 de junio de 2019, disponible en eldiario.es.

E G O S Z T U L W A R K

de tipos más bien restringidos de articulación, signados por los límites mismos que los procesos de acumulación de capital en curso imponen al gobierno político. La expansión de derechos dentro del marco de unas estructuras económicas y políticas desigualitarias, en las que el excluido será incluido como figura subordinada, constituye el interés y el límite de la voluntad de inclusión.

La filósofa Flavia Dezzutto llama "mediación política progresista" al territorio de encuentro entre el Estado y las fuerzas populares durante el kirchnerismo. A su juicio, esta mediación fue "progresista" en lo que tuvo de reconocimiento de estas fuerzas, pero fue también "precaria" en la medida en que limitó su potenciación y capacidad de autonomía, inhibiendo dinámicas de construcción de un poder popular. 6 Si la propia existencia de este tipo de mediación supone una comunicación positiva entre movimientos sociales e instituciones políticas, su carácter precario procede de su índole de contención (y no de transformación sistémica) propio de este tipo de gubernamentalidad. También el Colectivo Juguetes Perdidos hace referencia al carácter precario de la mediación progresista y al valor que más tarde tendrían las políticas asistenciales durante la mediación propiamente neoliberal del gobierno de Macri. La precariedad en cuestión se convierte en un modo específico de reconocimiento de sectores sociales subordinados -incluidos como excluidos- a la vez que se posterga o directamente se niega el potencial de energía intelectual y política de actores que fueron clave durante la crisis, y que en la medida en que la crisis permanece irresuelta, lo siguen siendo.

Por el contrario, la crítica de tipo igualitarista de la dialéctica inclusión-exclusión supone un juego de mediaciones en el que se incrementa el poder y la autonomía de

Esa crítica igualitarista no apunta solo a radicalizar la redistribución de poder y de recursos desde un punto de vista cuantitativo (aumentos salariales, ingresos populares), sino también a problematizar la experiencia misma del consumo desde un punto de vista cualitativo: esto es, se plantea como analítica de la subjetivación colectiva y como reforma de los dispositivos que ligan sin más deseo a mercado (lo cual es la base, por otro lado, de la reconstrucción de las políticas conservadoras). La necesidad de esta problematización fue señalada en su momento por el vicepresidente de Bolivia, Álvaro García Linera, en su reflexión posterior a la derrota electoral en el plebiscito por la habilitación para una nueva reelección de la fórmula que integra junto con Evo Morales. García Linera se preguntaba cómo era posible que sectores sociales beneficiados con los procesos de inclusión social dieran la espalda

- 86 -

los sujetos populares. Solo que, dada la naturaleza cerrada del dispositivo político de la voluntad de inclusión y en función sobre todo del enorme peso comunicativo y la agresividad de la impugnación neoliberal, el espacio para una crítica de este tipo se torna particularmente difícil. Esta marginación se acentúa, además, a partir de un fenómeno particular: la enemistad declarada del partido neoliberal contra la política de derechos humanos, vehiculizada por la voluntad de inclusión en el nivel de las instituciones del Estado. La crítica desigualitaria -neoliberal- desea aniquilar esta narrativa de la memoria sobre la que se ha elaborado buena parte de la historicidad del conflicto de clases en el país. Frente a esto, la crítica igualitarista se ve compelida a desarrollar un lenguaje propio y preciso que le permita desplegarse dentro del antagonismo principal con los balances miserables que la derecha conservadora hace de estos procesos. Balances que están destinados a aniquilar -mediante el discurso antimafia y anticorrupción- toda sensibilidad histórica y toda capacidad de movilización de las organizaciones populares.

<sup>6.</sup> Entrevista a Flavia Dezzutto, *La Mar en Coche*, 28 de agosto de 2018, disponible en marencoche.wordpress.com.

al gobierno que había materializado esa transformación y votaran propuestas neoliberales. La misma pregunta que circuló en su momento por Argentina y por Brasil. Las micropolíticas neoliberales crecieron en la región al calor del estímulo del consumo, de manera tal que las mismas iniciativas que sostenían los ingresos de la población pobre y trabajadora modelizaban aspiraciones y expectativas propias del régimen de individuación neoliberal. Pero la reflexión de García Linera se detenía allí, y en lugar de avanzar hipótesis sobre otros vínculos con el consumo y con el mercado proponía corregir este efecto indeseado acudiendo a la conciencia militante y a la pedagogía de masas. ¿Es posible revertir la producción neoliberal de modos de vida sin una reorganización de los dispositivos de mercado, desde la propiedad y la gestión de las empresas hasta las dinámicas de endeudamiento?

La voluntad de inclusión carece hasta el momento de reflexiones políticas de este tipo, capaces de traducir el incremento cuantitativo (más ingresos, más consumo) en fuerza de ruptura de los límites estructurales que impone la dinámica de configuración neoliberal de las relaciones sociales. Ni la dialéctica inclusión-exclusión (que verticaliza el mando social), ni la mediación precaria (que despotencia la autonomía de las organizaciones sociales) han sabido reparar en la identidad procesual entre el crecimiento económico y el despliegue de micropolíticas neoliberales que refuerzan modos de vida ligados a los dispositivos de mercado.

Los términos mismos de la dialéctica inclusión-exclusión implican ya una evaluación negativa –una devaluación práctica– de los saberes estratégicos de las subjetividades de la crisis, protagonistas de la fase anterior. El dispositivo de inclusión, tal y como lo hemos conocido, denunciaba la postergación del acceso al consumo y a los derechos, sin reconocer, en los llamados "excluidos", capacidades genuinas para ser protagonistas de una nueva

escena política. La misma pregunta que caía sobre las figuras de la crisis (¿por qué su potencial destituyente no se traduce en constitución de una nueva forma política?) cae ahora negativamente sobre el dispositivo de la voluntad de inclusión: ¿por qué no aprovechar aquel protagonismo que fue capaz de abrir una situación novedosa frente a la hegemonía neoliberal de los años previos? ¿Por qué subordinarlos mediante la inclusión vía consumo y derechos, en vez de colocarlos en el centro de una imaginación política capaz de seguir motorizando transformaciones?

En otros términos: ¿qué son los períodos de aumento de consumo popular sino momentos oportunos para politizar los mercados, para identificar nuevas dinámicas colectivas y para reformar y ampliar las estructuras productivas, para reinventar las formas mismas del consumir, para revisar qué base empresarial y crediticia, qué modelos de felicidad y qué estrategias de organización colectiva implican? ¿Por qué aceptar sin discusión que la dinámica de ampliación del consumo solo puede desplegarse sobre el modelo de la empresa neoliberal asistida por el Estado? Si no se problematizan estas cuestiones, la voluntad de inclusión no ofrece más que una inclusión restringida dentro de los estrechos marcos del neoliberalismo. Y, al mismo tiempo, a excepción de la irrupción de los movimientos feministas populares, no hubo dinámicas autónomas lo suficientemente consistentes como para inventar dispositivos de politización de este tipo por fuera de la voluntad de inclusión. En todo caso, politizar el consumo significa identificar los sujetos y las dinámicas capaces de cuestionar el estrecho marco neoliberal en el que se pretende incluir a los excluidos. La experiencia parece demostrar que incluir y cuestionar la precariedad del espacio de inclusión no son cosas que puedan hacerse a la vez. Este es el límite de las teorías populistas: o se incluye precariamente a los excluidos en un espacio neoliberal estatalmente asistido, o se lee en la llamada "exclusión" una potencia política 102 -

que apunta a problematizar el cepo neoliberal sobre la democracia. Esta segunda alternativa implica un cambio de actitud respecto de la potencial ruptura de los estrechos marcos actuales, y una voluntad de rediseño de nuevos paradigmas de consumo, derechos y participación política.

Sin desplazar estos límites estructurales, impuestos por el mando neoliberal, es imposible desatar fuerzas transformadoras más intensas. Y, a su vez, no es posible suscitar esas fuerzas sin nuevas articulaciones entre crisis e inclusión. Por eso, es preciso pensar la inclusión -en términos de consumos y derechos- como método y premisa, pero no como modelo y finalidad; como apelación a una fuerza capaz de romper dispositivos de mercado -modos de vida-, en función de nuevos modos de producción v de recreación de formas de vida. Favorecer una perversión generalizada de la racionalidad neoliberal, de cada una de sus categorías (el valor, la empresa, el crédito, la moneda, todo) en función de una pragmática popular-plebeya supone una ampliación de la lucha de clases al ámbito de las micropolíticas. Lo que supone a su vez, inevitablemente, nuevas formas de organización y de liderazgo.

#### LAS TORMENTAS Y EL INCONSCIENTE COLONIAL

Para salir de la dialéctica inclusión-exclusión y su bloqueo sobre la creación de formas de vida, la analista y filósofa brasileña Suely Rolnik busca en la lógica de las sensaciones una nueva dinámica de pensamiento en base a la emergencia de mundos virtuales. Su punto de partida es una imagen: una tormenta eléctrica y un pararrayos. Así presenta la relación entre Gilles Deleuze y Félix Guattari. La escena se resume en tres momentos: una serie de tormentas (intensidades que nos desestabilizan); unas capacidades para captar singularidades en ese caos (afectos, percepciones, ideas); una aptitud para modular lenguajes a

partir de las singularidades extraídas del fondo tormentoso. La tormenta es aquello que al afectar a la subjetividad desestabiliza a los sujetos. La captación de esas afecciones perturbadoras es lo propio de Guattari, y la formación de un lenguaje a partir de esas captaciones es Deleuze.

La tormenta es ya una parte del sujeto. Rolnik lo llama "fuera-de-sujeto": es como si se tratase de la parte de afuera, su afuera más propio. Aquello que se presenta como violencia irruptiva que desdibuja los mapas de referencias y caotiza la existencia. Un fuera del sujeto capaz de cuestionar aquello que el sujeto intenta conservar como su ser. Esa tempestuosa desestabilización es la que Rolnik identifica con Guattari. ¿Qué quiere decir aquí "Guattari"? La figura de quien se vulnerabiliza ante el caos. Vulnerabilizarse como modo de permitir que emerjan nuevos universos virtuales.

Esta vulnerabilidad o fragilidad es la clave que permite dar curso a una subjetividad diferente a la del sujeto que se resiste al caos, ese que defiende su estabilidad a toda costa. Este sujeto es el individuo neoliberal, heredero de una larga historia que en nuestro contexto comienza con la conquista de América. En Esferas de la insurrección. Apuntes para descolonizar el inconsciente Rolnik define como "cartesiana" esta subjetivación clásica de matriz cristiana. Patriarcado, catolicismo, capitalismo, colonialismo, logocentrismo, son fenómenos de larga duración que actúan sobre nuestros modos de vida y conforman lo que ella llama un inconsciente colonial, colocando al sujeto por encima del fuera-de-sujeto, instancia devaluada a la que, sin embargo, se acude cada vez que colapsa la estabilidad subjetiva y se vuelve imperioso crear referencias de orientación.

Tenemos entonces dos momentos del sujeto. Por un lado este "sujeto" como subjetividad cartesiana-neoliberal, y por el otro lo que Rolnik denomina "fuera-de-sujeto" o "cuerpo vibrátil", según diversos momentos de su escritura. Si el "sujeto" es la instancia en la que se estabiliza un conjunto

de referencias y representaciones útiles para la vida, categorías que organizan representaciones y organizan un mundo simbólico, la "subjetividad" es la actividad que podemos desplegar durante la tormenta, el "fuera-de-sujeto".

A partir de estas distinciones, Rolnik establece una relación directa entre el inconsciente colonial y las micropolíticas neoliberales, en función de la cual se define un mundo real dominado por un determinado perfil antropológico que es incapaz de dar cabida a la emergencia de territorios existenciales, de modular referencias engendradas en contacto con las fuerzas plásticas del entorno. Las micropolíticas neoliberales sostienen una voluntad de perduración que se resiste a atravesar el caos para extraer de allí nuevas posibilidades vitales. Para eso cuenta con todos aquellos consumos estabilizantes que impiden la emergencia de universos virtuales, y que funcionan como prótesis subjetivas para atenuar la fragilización. Existe así una intimidad esencial entre estas micropolíticas y el terror a la vulnerabilidad, entre la fobia a la tormenta y el refugio reaccionario que se expresa en tendencias paranoicas, agresivas y racistas. El inconsciente colonial identifica toda desestabilización como una amenaza, y tiende a aferrarse a la "identidad": perfila así al sujeto modélico de las políticas neoliberales.

El mito del diluvio lleva inscripto el terror arcaico a las tormentas que arrasan con los códigos e inundan la tierra habitable. Para Rolnik, Deleuze y Guattari son los referentes de una política de la subjetividad diferente, de una lógica que parte de la sensación, es decir, de las intensidades captadas en la tormenta, y que da cuenta de los componentes de una nueva forma de vida: afectos (mutaciones de la potencia de existir), perceptos (nuevas visiones), conceptos (nuevos criterios con relación a las opiniones establecidas). El fuera-de-sujeto actúa como orientación para un cuerpo viviente que entra en contacto con la agitación del mundo, provocando modificaciones

físicoquímicas y nuevas imágenes. Afecto y percepto se ligan con el concepto, dando lugar a una transformación del sujeto: una nueva verdad. Esta trinidad (afecto-percepto-concepto) expresa siempre una alteración de la potencia de existir spinoziana.

El método de la vulnerabilidad de Rolnik permite interrumpir los automatismos que bloquean la creación de mundos virtuales (micropolíticas neoliberales) y positiviza la relación con la crisis, liberando zonas vitales para la creación de afectos, perceptos y conceptos. Identifica de manera operativa el espacio a la vez terapéutico, estético y filosófico de la creación de formas de vida en un contexto inmediatamente político.

#### EL CONSUMO LIBERA

Visto desde el punto de vista de las micropolíticas neoliberales, el macrismo no puede ser leído como una mera impugnación de la voluntad de inclusión. En la medida en que esta se apoyó en las formas habituales del consumo sin politizarlas desde dentro, el macrismo pudo presentarse como su culminación o su fase superior, fase en la que el consumo se libera de la voluntad de incluir. Un énfasis en lo que había en ella de más conservador y en la reacción normalizadora frente a la crisis de 2001. Lo que el macrismo repudia de la voluntad de inclusión es el contacto –la mediación social– que sigue manteniendo con la crisis. Su objetivo es aniquilar ese contacto, el aspecto progresista de la mediación, y que la crisis perdure solamente como amenaza.

A fin de completar nuestro ejercicio de periodización, es importante lograr identificar esta línea de continuidad –nada obvia, por cierto– que atraviesa el consumo, como si maduraran dinámicas hasta cierto punto inadvertidas en el seno de procesos que parecen afirmar lo contrario.

Porque no hay pensamiento de la coyuntura, por micropolítico que se pretenda, que funcione sin fechar. Y si se trata de dar cuenta del pasaje de la crisis a la relegitimación neoliberal y a los términos del antagonismo actual, resulta ineludible pensar los efectos que tuvo el haber incluido en las categorías de la economía política, mediante el consumo, a las energías de la crisis. En otras palabras: la mutación sucesiva del paisaje social, luego de la crisis, no se explica sin el esfuerzo por incluir la energía plebeya movilizada durante esa etapa en los mecanismos del mercado -asistido por el Estado- en términos de empleo, crédito, deuda. Esa inclusión de la energía "excluida" en las nociones de la economía trasladó la lucha social al mercado, operando así una conversión que resulta central para leer las tensiones colectivas internas a la experiencia del consumo: a la vez que fortaleció las dinámicas de mercado interno, introdujo un elemento plebeyo activo en el mercado, que tendió por momentos a presionar por el aumento de los disfrutes y las posibilidades de movilidad a través de una suerte de lucha salarial de sujetos sin convenio laboral o paritarias callejeras. Esta presencia plebeya en la economía, y las ocasiones en que llegó a desbordar la disciplina de la austeridad establecida durante el gobierno de Macri, es particularmente importante a la hora de captar todo lo que fue traducido como lucha política al interior de la economía.

La voluntad de inclusión dio entonces lugar a un fenómeno de desborde que no llegó a desarrollarse como hipótesis política. Una hipótesis según la cual la democracia es igualitaria cuando las luchas se despliegan en y desde la economía misma, y que en la actualidad se confirma dentro de los movimientos feministas. La contracara de lo que más arriba fue nombrado como mediación social precaria, es decir, la misma mediación pero vista desde abajo por los nuevos sujetos del consumo, bien pudo haber sido una de las mejores semillas del kirchnerismo:

la presencia de la crisis dentro del mercado, la propia aberrancia plebeya desplegada dentro de las categorías de la economía política. Durante esos años, en el blog Lobo Suelto, Diego Valeriano dio cuenta de esa experiencia a partir de cientos de haikus dedicados al "potencial liberador del consumo". 7 Si la comprensión populista de la inclusión por el consumo inscribe el fenómeno dentro la expectativa del pleno empleo y de la generalización de la condición salarial, la concepción plebeya destaca, en cambio, la apropiación callejera como gesto de irreverencia igualitarista en el corazón mismo de las prácticas mercantiles y financieras, como un arrebato que pasa de la fiesta del consumo al rechazo del control y del ajuste. En lugar de un New Deal, una pulsión que, proyectada políticamente, refuerza el deseo colectivo de welfare. La diferencia principal con las lecturas populistas del período kirchnerista reside en el potencial democrático que Diego Valeriano detecta en las prácticas populares realmente existentes, es decir, en las estrategias territoriales desplegadas dentro y en los límites del mercado, en desacato oportunista frente a toda visión pedagógica o regeneradora de lo popular que derrama sentido bienpensante desde las instituciones de la inclusión.

Lo que me interesa del abordaje de Valeriano es el desplazamiento de la mirada, casi un detalle metodológico: cómo ejercitar una inversión radical de la perspectiva. En lugar de asumir la escena política tal y como se la presenta en el lenguaje de la comunicación, Valeriano se sitúa de modo directo en el espacio-tiempo plebeyo que, con su propia evolución desde la crisis de 2001, sobrevive como imaginación barrial. Esta inversión lo lleva a describir el período 2001-2019 según una secuencia particular:

Sus textos están disponibles en el blog Lobo Suelto: lobosuelto.com/ tag/diego-valeriano.

2001 es el hambre, la comunidad y el piquete (Ignacio Lewkowicz se refería a este período como la "fiesta desesperada"); la voluntad de inclusión es dinero y presencia en las calles (fiesta del consumo) y la presión de cada diciembre por reabrir paritarias callejeras; y 2015 –o 2013-es el frío del fin de la fiesta. En palabras de Valeriano:

Ni hija, ni trabajador, ni clase, ni operario calificado, ni lumpen, menos aún ascender socialmente. Deserción de todas las normas. Arrancar, plantarse, poner un puesto de chori en Ruta 4, mutar de mil formas, ser pillo, ser Glover, ser chorro. Ni alumna, ni cadete, ni peón, ni una carrera larga, ni futuro, ni pobre. Remisero transa, gato del plan, marchar por el bolsón. No aceptar las reglas de juego, hacer nuevas, dejarlas caer según la conveniencia. Devenir enfrentamiento a cielo abierto. Zapatillas chorras, Frizze en los chinos, todas las rochas bailando en corpiño, los negros en cuero amanecidos un domingo. Una gestión manija de la existencia, no aceptar lo poco que toca.

El consumo en su cruda desnudez libera, en cuanto fuerza que da y recibe movimiento, en cuanto movimiento que empuja otras fuerzas al intensificarse, en cuanto que desborda, que devora, que rompe. Movimiento que provoca metamorfosis continuas en las vidas, en los vínculos y en los territorios hasta volverlos incomprensibles, inabarcables, irracionalizables. Ingobernables y profundamente abundantes.

Desata formas de vida inauditas, miedos, rebeliones y resistencias permanentes. Pura prepotencia emancipadora. Es revuelta callejera, en un conflicto que en cualquier momento te puede recaber. Es una fiesta a muerte, pura vitalidad.

Las decisiones que se van tomando, la existencia, lo que pasa y lo que no, se produce por fuera de las obligaciones y los derechos, por fuera de todo imperativo moral, por fuera de las reglas. La vida solo adquiere sentido a través del consumo. Este consumo que se hace cada vez, que se hace día a día, que a veces es piedras, a veces puestos, a veces laburo, a veces transa, a veces plan, a veces fiesta y a veces otra vez piedras.

Un estado de ánimo que se siente ni bien pisás cualquier feria. Una agitación más inaccesible, más íntima, más genuina y que muta la existencia hacia una vida intensificada, exaltada y con sentido. Imposible estar mejor y, a su vez, mortal.

La secuencia se repite: un grupo de chicas y chicos en desacato, ágiles y astutos en su relación con unos territorios estallados, hábiles para desenvolverse en los pliegues de las economías informales, desfachatados en el disfrute, pillos e insolentes con la autoridad, incondicionales en la emoción ante el gesto de rebeldía, acostumbrados a lidiar con la violencia familiar, policial, machista, pero también con el desprecio disfrazado de buenos sentimientos de los sectores medios y de sus ideales progresistas.

La consigna de Diego Valeriano, "el consumo libera", capta la dinámica de insumisión tal y como se da, sin organización política pero con vivencia colectiva (tramas familiares, de bandas, de feria, de plazas), en la pulsión por vivir y disfrutar al interior mismo de las relaciones de mercado, pero contra toda tentativa de disciplinamiento. Se trata de un movimiento lateral, a veces replegado en el territorio y otras al borde del estallido, en todos los casos una energía que empuja por más (la calle contra el ajuste) y que traduce dinero en intensidad (cantidad en calidad), que filtra y reelabora elementos identitarios de lo más variados –migratorios, de género, etc.–, visibilidades incómodas y anomalías surgidas de las formas sumergidas (ultraprecarias) del trabajo.

Liberar es ampliar la capacidad de circulación y apropiación de recursos para el disfrute, en un contexto de precariedad que vuelve ilusorio todo pacto social estable. La hipótesis que la voluntad de inclusión no se atrevió a desplegar es la siguiente: la proliferación de una forma de vida plebeya, al margen del viejo pacto populista (un New Deal versión peronista), capaz de alimentarse de las relaciones de mercado, de nutrirse con estrategias propias

de las crisis y de resistir a las políticas de la austeridad, habría dado lugar a una nueva pragmática en torno a la lucha por el consumo. Si esa pragmática puede ser calificada de plebeya no es tanto por su realidad sociológica, sino antes bien desde un punto de vista puramente maquinal: pone en acto un tipo de funcionamiento centrífugo, un desborde ocasional, y a veces solo gestual, de la regulación burguesa de la existencia, cuyas estructuras no es capaz de transformar, ni se propone hacerlo. Lo plebeyo está vinculado a las percepciones específicas de un sujeto que no es ni puramente víctima ni puramente pasivo, que no se deja tomar como un excluido a incluir ni como un emprendedor a incentivar.

# INVESTIGACIÓN POLÍTICA Y ENEMISTAD

No hay modo de evitar los puntos ciegos, es imposible verlo todo. Actuar, afirmar algo, implica perder perspectiva panorámica. Cada potencia micropolítica, y su correspondiente coyuntura intensa, puede también ser entendida a partir de las prácticas discursivas que genera para dar cuenta de las mutaciones en curso. La naturaleza de las intervenciones discursivas presentes en una coyuntura puede ser considerada en función de cómo se apoyan en un cierto esquema formal destinado a racionalizar el movimiento de lo real, o bien por su tentativa de acompañar la actividad erosiva que estos movimientos realizan, a veces abierta y otras solapadamente, sobre los dispositivos neoliberales de poder. En ocasión de la crisis de 2001, con el Colectivo Situaciones retomamos la experiencia de la investigación militante (es decir, una investigación que se realiza en conjunto con los sujetos en lucha), que en el pasado había intentado producir en Latinoamérica un pensamiento crítico capaz de conectarse con la acción social transformadora. A diferencia de la investigación académica,

en la investigación política "se trata de trabajar en colectivos autónomos que no obedezcan a reglas impuestas por la academia. No se pretende utilizar las experiencias como campo de confirmación de las hipótesis de laboratorio, sino de establecer un vínculo positivo con los saberes subalternos, dispersos y ocultos, para producir un cuerpo de saberes prácticos de contrapoder".8 El propósito último de la investigación militante es constituir una experiencia autónoma de la inteligencia colectiva.

El renunciar a una línea o esquema determinado, en coyunturas de antagonismo abierto, como punto de partida para participar de los procesos de subjetivación en curso permitió a muchos colectivos de activistas, investigadores, comunicadores y artistas experimentar con nuevas síntesis entre formas de conocimiento y organización política. Por su parte, la voluntad de inclusión tuvo su configuración discursiva más original en Carta Abierta, la asamblea de intelectuales militantes formada en 2008, durante el conflicto con las patronales agrarias. Su intervención fundamental fue la denuncia de los discursos "destituyentes" de los grandes medios de comunicación. El macrismo, por su parte, apostó en el plano del saber por las técnicas de encuesta y comunicación provenientes de los estudios de mercado, como los focus group. Cada una de estas modalidades de lectura supone un mecanismo de articulación de la inteligencia social, y un modo de conectar, en el plano del lenguaje, antagonismo social, inteligencia colectiva e innovación. Desde la investigación militante en los barrios hasta la congregación de profesionales y docentes militantes o el focus group, lo que hay es una sucesión de diferentes síntesis de conocimiento

<sup>8.</sup> Colectivo Situaciones, "Sobre el militante investigador, para Canadá (20/09/2003)", 1° de septiembre de 2009, Lobo Suelto, disponible en lobosuelto.com

y organización micropolítica que diseñan, cada una a su modo y con una intensidad específica, la combinación entre discursividad y enemistad.

Carta Abierta constituyó uno de los principales esfuerzos por describir la situación desde el ángulo propio de la voluntad de inclusión. Aunque sus primeros animadores visibles fueron Nicolás Casullo y Horacio González, la corriente de ideas que allí se puso en juego resulta próxima a las filosofías del populismo desarrolladas sobre todo por Ernesto Laclau y Jorge Alemán, autores que aportaron un sofisticado despliegue reflexivo para apuntalar la subjetividad militante y la crítica tanto del conservadurismo político como de los modos de vida neoliberales. La teoría populista abrió un camino propio para la argumentación, cuyo punto fuerte es la consumación de una categorización de lo político basada en la lingüística y en una atención detallada de la lógica discursiva, mientras que su punto más débil es un cierto destinterés por la dinámica de acumulación de capital como determinación material insoslayable de la subjetividad y del espacio a politizar.

El tono particularmente defensivo de la intelectualidad vinculada a la voluntad de inclusión proviene de la coyuntura: se trató de dar una respuesta ante una insistente ofensiva de sectores conservadores que apoyaron, en primer lugar, a las patronales del campo (2008), y luego organizaron manifestaciones masivas y caserolazos en demanda por la desregulación de la compra de dólares (2012). El influyente pensamiento de Laclau -que concibe lo político en torno a la producción de hegemonía como práctica de articulación discursiva de demandas en un contexto de cierre conservador del sistema político- fue el marco conceptual de un repliegue en el que se acentuó el carácter simbólico de la práctica política, en detrimento de sus posibilidades de politización de la economía. Este campo fue así subestimado como una dimensión meramente material y objetiva, en lugar de ser valorado en cuanto subjetividad densificada y simbolismo concentrado.

Tanto el intelectual político como el político profesional que se informa leyendo encuestas —y que acepta dócilmente estas mediaciones congnitivas sin problematizarlas— renuncian de antemano a la tarea maquiaveliana de leer en la división social, en el síntoma, un potencial cognitivo heterogéneo (nuevos afectos, percepciones y conceptos) y, allí, nuevas posibilidades de constitución de hegemonías. La investigación política es una tarea estratégica, ella misma constitutiva de subjetividad política, un instrumento de articulación de una intelectualidad colectiva.

La tecnología política del saber representada en el focus group o el coaching instrumenta una lectura ordenancista de esos signos con la mira puesta en la legitimación del estado de cosas. Se opone, punto por punto, a la investigación que busca la curiosidad por lo que aparece como vivo en lo social, los focos de producción de movimientos y saberes, y la apuesta por organizar la reflexión en torno a los mecanismos de explotación de la actividad cooperativa, que devienen cada vez más abstractos (patentes, renta financiera, mecanismos de endeudamiento, etc.). Esta investigación apunta a la producción de una inteligencia popular autónoma, capaz de elaborar conocimientos políticamente útiles sobre las dinámicas de valorización-explotación, pero también de dar lugar a formas de autovalorización, de neutralizar la presencia del mando neoliberal sobre la vida bajo la forma de lógicas de desapropiación de los cuerpos, privatización de los territorios y conocimientos, y formas de violencia sexista, racista, clasista. Se trata de un vector imprescindible de la enemistad. Una hostilidad con las formas del mando que se resiste a ser esencializada.

La investigación política procura que la lectura y la producción de discurso se enlacen con prácticas situadas. La investigación política nos trae una imagen nueva del W

intelectual, alejada de la imagen del intelectual como profesional, como poseedor de un saber específico o como organizador del campo cultural. No se trata ya del funcionario de la superestructura ideológica, sino del operador de conocimientos favorables a la autonomización de la cooperación.

En su bello libro insurreccionalista, A nuestros amigos, el Comité Invisible propone la figura del amigo como aquel con quien se juntan fuerzas para desafiar el orden de la época. Reunir fuerzas es algo distinto a consensuar opiniones. La amistad remite a la forma de vida y a una comprensión no culturalista de la hegemonía. En la filosofía de Spinoza se define la amistad como "sinceridad", como una experiencia de utilidad común. Como estructura del común, la amistad está en la base del diseño de estrategias en el marco de una afectividad no-neoliberal, en la que lo colectivo no emerge como asociación de individuos, sino como proceso de individuación alternativo al neoliberal.

Desafiar la época; hacerse fuerte en la sensación de no cuajar; politizar el malestar; escuchar el síntoma; vulnerabilizarse ante la tormenta: imágenes todas de una vitalidad muy diferente a la viril afirmación del productivismo. Una afectividad no-neoliberal puede dar lugar a un vitalismo turbio, impuro, que extraiga su fuerza de la experiencia de la fragilidad. Quizá la percepción politicista no sea capaz de captar el potencial sintomático de estas afectividades, de sus posibles concreciones políticas. La investigación es inseparable del trazado de una línea de amistad/enemistad desesencializada.

### TEORÍA DE LA MILITANCIA

El dispositivo de toma de decisiones viene determinado por el modo de acumulación vigente. Abrir la decisión a nuevos actores, incorporar a quienes denuncian los modos de

explotación, supone poner en discusión precisamente los mecanismos de valorización en curso. Economía y democracia son dos caras de la misma moneda. El desprecio por aquellas formas colectivas de activismo que no se someten a la conducción política supone una debilidad y una rigidez respecto de la dinámica de la lucha de clases. La confrontación con las corporaciones y los grandes medios se completa cuando se generan nuevos espacios de poder popular, que materializan esa enunciación de ruptura y le dan un renovado respaldo. De otro modo, la confrontación queda separada de lo que puede, dramatiza un enfrentamiento al tiempo que neutraliza la constitución de los dispositivos necesarios para llevarlo a cabo. Resulta imposible concebir una mediación democrática dinámica sin la ampliación efectiva de toma de decisiones sobre cuestiones cotidianas, que tienen importancia fundamental en el ámbito de la reproducción biopolítica.

En su libro Teoría de la militancia. Organización y poder popular, Damián Selci reflexiona sobre los límites de la voluntad de inclusión o, mejor dicho, de la teoría populista. La situación abierta en 2015, con el triunfo electoral de Macri, lo dispone a investigar los límites a los que dicha teoría ha llegado, con el objetivo de radicalizarla y de profundizar en los problemas prácticos de la estrategia. Si la teoría de Laclau pensó la contradicción entre pueblo y oligarquía, Selci realizará el tránsito inmanente desde el pueblo -que ahora se divide entre su parte volcada al neoliberalismo y su parte organizada políticamente- hacia la figura de la militancia. El tránsito se da al interior de la filosofía populista, desplazando la dialéctica de la inclusión por la postulación de la organización de cuadros políticos. La teoría de la militancia ya no se detiene en las demandas de inclusión (demandas siempre dirigidas a un "otro"), sino que apunta al cuadro político organizado que se hace cargo de asumir su responsabilidad por el mundo.

La renovación del pensamiento populista pasa por su capacidad de concebir la división al interior mismo del pueblo, por captar la interiorización del antagonismo y reconocer que, en los hechos, la parte no organizada del pueblo resulta sensible a la influencia del neoliberalismo. Si la contradicción pueblo-oligarquía le permitía a la primera generación de pensadores populistas sostener que el proceso de equivalencias de demandas constituía lo popular como tal, la división actual en el seno del pueblo, que es necesario pensar luego de 2015, obliga a sustituir la posición subjetiva de la demanda por la de "responsabilidad". Politizar ya no es solicitar, sino asumir una responsabilidad aquí y ahora. El pueblo de la demanda -sostiene Selci- no es el mismo que se organiza. Se trata de asumir el paso a una teoría de la militancia cuyo punto de partida es la crítica de la inocencia del pueblo. Dividir lo popular es avanzar. Junto a un pueblo conservador, cualunque,9 que vota a Macri, hay otro pueblo empoderado, que sostiene a Cristina Kirchner. Lo que toca pensar ahora es ese pueblo militante, y será la filosofía del acontecimiento de Alain Badiou la que proveerá las categorías necesarias. El militante de la teoría de Selci es alguien que ha sufrido una conversión, producto de la cual se ha descubierto a sí mismo como sujeto responsable. Vivir el acontecimiento político permite hacer la distinción entre el militante organizado (forma de vida), y el individuo perteneciente al pueblo cualunque (modo de vida). Más que síntoma y tránsito (aquello que no cuaja y que empuja a inventar formas nuevas de responsabilidad), evento y conversión (el kirchnerismo mismo en cuanto invitación a una vida nueva, tomada por la experiencia de la lucha política). La antinomia pueblo-oligarquía deviene oposición entre el cualunque –consumidor hedonista, elusivo, pasatista— y el militante que asume a fondo el compromiso respecto de los problemas colectivos. Y esa conversión implica un renacimiento completo, una disposición total respecto de la línea de la conducción de la organización de cuadros.

La teoría de la militancia es rigurosa a la hora de extraer conclusiones de la derrota política y fiel hasta el final a una teoría de la conducción estructurada como clave y condición de todo avance. Busca recrear la voluntad de inclusión a partir del acontecimiento participativo que se puso en marcha luego del conflicto con el campo, sin que ningún fenómeno lateral, anterior o posterior, conmueva su fe en el potencial de conversión que ofrece la organización. Esta fe es, desde cierto punto de vista, un antimaquiavelismo. Al reducir al príncipe a la organización militante y a la conversión subjetiva del individuo, se renuncia a reconocer fuerza política alguna en las dinámicas sociales no estructuradas, en aquellas formas de responsabilidad colectiva que no se organizan en torno a un dispositivo centralizado y vertical.

Lo que está en discusión es la forma misma del príncipe contemporáneo. No es lo mismo confiar en la línea de la organización que elaborar un saber histórico y político a partir de las brechas abiertas por las luchas populares contra los poderosos (los "grandes", en el lenguaje del "agudísimo florentino"). El potencial cognitivo de las luchas supone una división continua de lo popular, pero también un reconocimiento de las estrategias colectivas de contrapoder que desbordan las estructuras del militante de partido organizado. Esas luchas arrojan nueva luz sobre aspectos oscuros de la red causal que determina el espesor de una temporalidad. Esa luz y ese espesor no

<sup>9.</sup> Aclara Selci en la introducción a su libro: "El 'cualunquismo' designa el culto por el hombre común, padre de familia, defensor de la propiedad, simultáneamente de derecha y despolitizado. La denominación surgió en Italia hacia 1945 y fue vehiculizada por la revista satírica L'uomo qualunque. Entre los iniciadores del cualunquismo estaba Giorgio Macri, abuelo de Mauricio Macri". Damian Selci, Teoría de la militancia. Organización y poder popular, Cuarenta Ríos, Buenos Aires, 2018.

- 118 -

pueden interpretarse a partir de una estructura previa, ya configurada, incapaz de rehacerse en la conmoción que esas luchas suponen. De allí la importancia del vínculo entre la fortuna –lo incalculable de las luchas colectivasque desestabiliza, y la virtud –la acción que traduce el valor de las luchas en dispositivos de subjetivación y antagonismo– que crea república.

Claude Lefort, en su clásico libro sobre el florentino. Maquiavelo. Lecturas de lo político, señala que la división social constituye el corazón mismo de lo político, entendido como una actividad ligada a la fundación de la ciudad: "Maquiavelo tiene la idea de que la sociedad está siempre dividida entre los que quieren dominar y los que no quieren ser dominados". 10 Esa división es instituyente y fundamenta la tarea de un nuevo poder político. Según Lefort, para Maquiavelo la fecundidad de lo político se encuentra en los "tumultos" suscitados por el "deseo de libertad del pueblo", es decir, en el conflicto en torno a los humores contrapuestos de aquellos que desean "mandar y oprimir" y aquellos que no aceptan ser mandados ni oprimidos. La productividad de lo político está en la división deseante misma, en la medida en que "la resistencia del pueblo, es más, sus reivindicaciones, son la condición de una relación fecunda con la ley que se manifiesta en la modificación de las leyes establecidas". 11 De modo que los humores evocan una fuerza que viene de abajo, que resiste la opresión y se dirige a la instauración de un régimen de gobierno fundado en la libertad política. Más que una conversión subjetiva en los términos de una ascesis, Lefort ve en Maguiavelo la primera gran abolición de la relación del ser humano con Dios y su sustitución por una relación del hombre con la bestia.

La insistencia en que todo avance efectivo depende de modo eminente de una organización firme, estructurada y vertical, sitúa una idea de la verdad por encima del punto de vista de la práctica política, de los conflictos y de los múltiples modos de protagonismo colectivo. Propone una imagen demasiado celestial del cuerpo disciplinado que se ofrece a la conducción, como alejado del cuerpo bestial de lo político, tal como se reanima en el elemento plebeyo por el que circulan los humores y deseos que determinan saberes colectivos y posibilidades políticas transformadoras.

Lo que cierto maquiavelismo de izquierda podría reprocharle al populismo de segunda generación es la sostenida discontinuidad entre lucha social y conducción política. Esta autonomía de lo político acaba por ser una autonomía respecto de la división social: reduce lo político a una teoría técnica y separada de la conducción. La insistencia en la investigación política, en cambio, surge de la preocupación por sostener un continuo, por enlazar la división al problema de la decisión, diluyendo el obstáculo de la racionalización idealista de los procesos reales y deduciendo el acontecimiento de la materialidad efectiva del antagonismo. Los límites de la voluntad de inclusión son los de esa discontinuidad propia de la autonomía de lo político en cuanto limitación de la praxis a la participación en el control del aparato del Estado. El reproche a lo político discontinuado es la despolitización de lo social y de los procesos micropolíticos como momentos de elaboración de mediaciones.

## LA CORRUPCIÓN COMO BALANCE CANALLA

La crítica reaccionaria de la mediación precaria se dio por medio del lenguaje de la corrupción. En 2015, un amplio consenso operó para hacer un balance destructivo de la voluntad de inclusión y permitir el avance neoliberal. Desde

<sup>10.</sup> Claude Lefort, Maquiavelo. Lecturas de lo político, Madrid, Trotta, 2010. 11. Ibíd.

entonces, la corrupción funciona como una estrategia específica (con la transparencia como su categoría clave) cuyo efecto deseado es la neutralización moral de lo político y un intento por trazar una línea definitiva —e improbable—entre un antes y un después. Es necesario, desde un ángulo diametralmente opuesto, realizar un balance crítico de la voluntad de inclusión en cuanto variante débil de lo neoliberal, incapaz por sí misma de hacer frente a las reiteradas ofensivas neoliberal-conservadoras. Hacer esta crítica requiere de un lenguaje apropiado, autónomo y riguroso, que no acepte ningún punto en común con la recusación conservadora que apunta a eliminar cualquier presencia de elementos plebeyos e igualitaristas en la retórica populista.

La corrupción como categoría política forma parte de una teoría y de un lenguaje de relevo que apunta a liquidar toda noción histórica de inspiración crítica o igualitarista. La apelación a valores de honestidad y transparencia como horizontes de la praxis colectiva supone la atrofia del legado de las revoluciones. La moralización de las conductas y la apología de un ideal de ausencia de conflicto tienden a consumar la despolitización del proceso genético del que surgieron las consignas de igualdad, libertad y fraternidad. El espectáculo de la corrupción reemplaza, en el proceso de la comprensión de lo social, la investigación sobre los mecanismos de explotación. Denunciar a los corruptos y reivindicarse decente remite a un tipo de acción mediática muy diferente al cuestionamiento subversivo por el cual las clases subalternas develan mecanismos de dominación y constituyen el espacio público. No se trata de evitar el problema de la corrupción invocando fenómenos más estructurales, sino de plantear ambos problemas junto con sus correlaciones precisas: no es un detalle menor que fuera el propio marxismo crítico el que primero y mejor elaboró una comprensión sobre la degeneración de la URSS como burocratización del Estado obrero. La filosofía materialista hizo un uso históricamente fértil del concepto clásico de la

corrupción de las formas de gobierno. No se trató de una mera denuncia de la formación de una capa o clase corrupta en el poder, sino de la caracterización profunda de un proceso de descomposición de la subjetividad comunista, de la destrucción del tejido colectivo y libertario del que se esperaba ver emerger una sociedad sin clases. La categoría de corrupción, empleada desde un punto de vista político revolucionario, supo trascender el juicio moral y la tipificación penal hacia una analítica de la formación y la descomposición de las fuerzas históricas.

Tras el fin de la Guerra Fría se abrió un período nuevo, en el que las clases dominantes ya no son confrontadas con un modelo alternativo de organización de la reproducción social. El empresario, y ya no el revolucionario, pasa a ser el héroe de la sociedad. El fin de la amenaza socialista favoreció a una crítica no radical del neoliberalismo, fundada en valores religiosos. La Iglesia católica fue pionera en esto: luego de renunciar a la teología de la liberación, elaboró un discurso no radicalizado de los males del capitalismo como modo de heredar los temas de la injusticia que luego de la Revolución cubana habían pasado a manos de las izquierdas políticas. Pobreza y corrupción fueron desde entonces dos de los ejes fundamentales de la denuncia política; y fue la segunda la que mejor cuajó con el período posterior a la transición democrática: una vez suprimida la amenaza del partido militar (en el caso de la Argentina, luego de la guerra de Malvinas) y debilitado el desafío obrero y socialista, la retórica de la anticorrupción copó la escena política. En la Argentina menemista de los años noventa fue el progresismo el que enarboló estas banderas, abriendo las puertas a un discurso liberal-republicano en fuerte contradicción con las formas previas de politización: ya no se trataba de criticar el modo de acumulación (esencialmente corrupto), sino de otorgarle transparencia. El consenso de la anticorrupción fue generado por las corporaciones económicas,

piensa fundado en jerarquías nítidas e inquebrantables.

LAS APORÍAS DE LA REVOLUCIÓN

Una vez señalado el hecho de que el discurso de la corrupción forma parte de una estrategia de ataque a la democracia, ataque desplegado dentro del marco del Estado de derecho, vale la pena retomar el intento de discutir los límites de la voluntad de inclusión desde un punto de vista diametralmente opuesto. En la reflexión autocrítica ya mencionada, García Linera sostenía que los gobiernos progresistas de la región habían sido eficaces en la tarea de incluir en el consumo popular a millones de personas -también en beneficiarlas con el otorgamiento de una trama de derechos antes negados-, pero que no habían sabido evitar que esos mismos segmentos de la población se subjetivaran de un modo neoliberal, asumiendo hábitos y aspiraciones elaboradas en los modos de individuación propios de las redes sociales virtuales. Su conclusión fue que había faltado trabajo ideológico, insistencia pedagógica, presencia militante, mecanismos capaces de contrarrestar aquellos efectos indeseados del proceso de inclusión. La tesis de García Linera puede plantearse de la siguiente manera: todo gobierno de inspiración socialista deberá asumir que, mientras perdure la producción capitalista, será preciso contrarrestar su poder subjetivador mediante iniciativas redistributivas y pedagógicas que se vuelven factibles cuando se detenta el control del Estado.

mediáticas, eclesiásticas y políticas como un mecanismo para rotar la representación política sin volver a abrir la crítica al modo de acumulación. Como lo deja asentado Horacio Verbitsky en *Robo para la corona*, la denuncia de la corrupción raramente llega a iluminar la verdadera mecánica de una corrupción de tipo estructural, que transfiere plusvalía social a manos privadas a través de los más variados mecanismos financieros y dispositivos estatales.

En el contexto sudamericano actual, el discurso contra la corrupción asume una tarea nueva y específica: la de desactivar toda relación entre fondos públicos y organizaciones sociales, relación fundamental a la hora de viabilizar instancias experimentales que apunten a superar las formas liberales de gobierno. Para lograr este objetivo confunde mecanismos tan disímiles como la recaudación de dinero para el financiamiento de campañas electorales a través de la obra pública y otras contrataciones del Estado (hábito tradicional durante décadas de los partidos de gobierno), la transferencia de recursos a organizaciones populares y el enriquecimiento privado ilegal de funcionarios y empresarios. Despejar esta confusión intencionada discriminando entre estas prácticas permite desarmar la crítica reaccionaria de los fenómenos de inclusión social para plantear la más urgente y radical crítica igualitarista de la mediación precaria, que redujo la experimentación social al espacio restringido del control político. Sin una crítica igualitarista de la mediación precaria, la crítica liberal del discurso de la anticorrupción se convierte en una refutación de toda relación democrática posible entre recursos públicos y comunidad. No es esta relación lo que hay que impugnar, sino el código estatista con el que la concibe el pensamiento populista. La crítica de la corrupción es la versión mistificada y reaccionaria de la crítica de la mediación precaria.

Si el principal problema político pendiente desde 2001 es el de la constitución de una mediación activa,

- 122 -

Dicho de otro modo, es necesario asumir como un dato permanente de la situación política la potencia subjetivadora de la ley del valor que rige en las sociedades capitalistas. Durante todo el siglo XX, las revoluciones socialistas se plantearon este problema, sin encontrar una solución definitiva. En las condiciones actuales, lejos de las coyunturas de aquellas revoluciones, ¿cómo evitar que la acción de los flujos de capital, que el propio Estado progresista promueve para sostener la vitalidad de su economía, acabe fortaleciendo modos de vida subordinados al mando de los mercados? Dada la impotencia política del Estado para lidiar con este problema, ¿cómo se plantea el problema de la emergencia, en un contexto neoliberal, de formas de vida no-neoliberales? García Linera se hace estas preguntas en su libro ¿Qué es una revolución? De la Revolución rusa de 1917 a la revolución de nuestros tiempos. Allí reflexiona sobre el así llamado "último" Lenin, quien fuera promotor de la Nueva Economía Política (NEP): luego de la guerra civil y de la "economía de querra", la NEP preveía la participación de capitales transnacionales bajo el control del proletariado, es decir, del Estado soviético. García Linera retoma este punto de vista y asume que la función que adopta la estatalidad debe consistir, básicamente, en preservar el espacio necesario para que las fuerzas no capitalistas se afiancen y den lugar a la nueva sociedad, y en ganar el tiempo para que otros procesos revolucionarios amplíen el campo de experimentación. Pero este modo de concebir la institucionalidad estatal como garante del poder social revolucionario es problemática -lo fue para la Rusia soviética de Lenin, y lo es aún más para la Bolivia de Evo Morales- en virtud de una aporía interna bien conocida tanto por Lenin como por García Linera. Y es que el Estado no posee los medios para crear la sociedad nueva, que en ningún caso puede ser creada desde arriba.

Cuando se depositan todas las expectativas en el Estado, no es porque se espere de este que cree formas de vida, sino porque se percibe –con realismo histórico– que

las energías volcánicas activas en la insurrección popular en algún momento decaen, y que, si no se consolida desde las instituciones la relación de fuerzas del momento insurreccional, la contrarrevolución será imparable. De esta manera, la teoría política revolucionaria acaba sustituyendo la dinámica insurreccional por el peso del Estado, lo que quiere decir que el complejo proceso por el cual lo viejo -las formas de autoridad y de intercambio de la sociedad burguesa- no termina de morir y lo nuevo -las nuevas formas de decidir y producir en común- no termina de nacer es un proceso que ocurrirá bajo la coacción de un poder estatal cuya justificación histórica no es gestar nuevos modos de producción, sino garantizar la hegemonía revolucionaria del poder político. Aun sin considerar que de ningún modo es posible afirmar que en todos los países de Sudamérica en donde se vivieron experiencias de gobiernos progresistas sea posible hablar de revolución, queda planteada la siguiente pregunta: ¿qué quiere decir exactamente "hegemonía revolucionaria del poder político" una vez que se ha admitido simultáneamente que la nueva sociedad solo puede advenir desde abajo y que en ese abajo reina la ley del valor?

## LEY DEL VALOR Y FORMA DE VIDA

En un texto de 1965, *El socialismo y el hombre en Cuba*, Ernesto "Che" Guevara planteó con toda claridad el problema del poder subjetivador de la mercancía, tal y como subsiste en el socialismo: "La base económica adoptada ha hecho su trabajo de zapa sobre el desarrollo de la conciencia". <sup>12</sup> No alcanza con el indispensable cambio en las

<sup>12.</sup> Ernesto "Che" Guevara, El socialismo y el hombre en Cuba, Barcelona, Anagrama, 1975.

instituciones y con la redistribución de bienes, es necesario también cambiar el modo mismo en que se produce la riqueza y, en el fondo, el modo en que mujeres y hombres producen mujeres y hombres. Más que esperar al comunismo se trata de construirlo. En simultáneo con la constitución de una nueva economía, es necesario concebir una humanidad nueva. ¿Qué está pensando Guevara cuando advierte que el socialismo no debería ser concebido como un mero tiempo de espera? El punto de partida de su planteo es la identificación de aquellas fuerzas que bloquean el impulso transformador de la subjetividad en la llamada transición revolucionaria: este bloqueo se remonta, para Guevara, a la persistencia en la sociedad socialista de la ley del valor, fuente del "frío ordenamiento" que rige la producción de mercancías y opera en la base de un modo determinado de individuación humana.

Para la tradición marxista, la ley del valor que rige en las sociedades mercantiles-capitalistas permite comprender los siguiente puntos: a) las relaciones laborales de producción entre las personas adquieren la forma del valor de las cosas; b) como consecuencia se produce una subordinación del valor de uso al de cambio; c) la formación del trabajo, como una sustancia común y abstracta que reúne todas las actividades de la producción en una magnitud determinable del valor, expresa el vínculo existente entre una determinada mercancía y la porción de tiempo social necesario para su producción. De este modo, la ley del valor forma parte de la estructura misma de las relaciones de explotación (la ley del valor es un capítulo de la ley del plusvalor) y explica la racionalidad a las operaciones de los capitalistas, así como a las acciones tendientes a conservar el equilibrio social en medio de los desajustes y estragos provenientes de la falta de una planificación racional de la producción.

Dada la influencia subjetivadora de la ley del valor, Guevara no cree que sea posible constituir una sociedad nueva si no se transforman las estructuras en las que esta se basa. Su respuesta a este problema pasa por la formación de masas no sumisas que protagonicen el proceso revolucionario; masas que actúan por vibración y no por obediencia. Para Guevara, el poder de movilización de esas masas resulta el instrumento removedor adecuado -dada su potencia coercitiva y pedagógica- para introducir al individuo en la comprensión de ese "invisible cordón umbilical que lo liga a la sociedad en su conjunto". La conmoción que las masas revolucionarias provocan en el ser social, explica el Che, activa procesos de individuación diferentes, capaces de afectar al individuo en su doble faz de ser singular y miembro de una comunidad. Una nueva individuación quiere decir aquí la liberación de la forma humana provista por la ley del valor, y la recuperación de la subjetividad humana como algo "no acabado".

Para el economista ruso Isaak Rubin, la ley del valor que rige el intercambio entre mercancías es la principal fuente de subjetividad en la sociedad capitalista. En su libro Ensayos sobre la teoría marxista del valor, escrito al calor de los debates soviéticos de la década de 1920, Rubin explica cómo, en las economías sin coordinación planificada de la producción social, los equilibrios sistémicos se logran siempre a posteriori. Inevitablemente, se produce más o menos de lo (socialmente) necesario. Siguiendo el método de Marx, Rubin entiende que el valor de las mercancías expresa relaciones sociales de producción entre personas, y que lo particular del valor mercantil es hacer aparecer esta relación entre personas como una relación entre cosas.

Existen entonces dos aspectos de la ley del valor: uno cuantitativo, que trata sobre la magnitud y la distribución del valor en empresas y ramas de la producción, y otro cualitativo, que refiere a la cosificación de la relación social entre personas y que está presente en la categoría de trabajo abstracto contenido en las mercancías. Bajo

su primer aspecto, la teoría del valor permite investigar los modos de alcanzar equilibrios sistémicos en las economías mercantiles, economías que se organizan a partir del principio de la propiedad privada y de la competencia entre unidades empresariales independientes, y en las que la introducción de tecnologías disminuye los costos de producción (transformando el sistema del valor), ya que en ellas los capitalistas no cuentan de antemano con un saber sobre cómo se determina el trabajo "socialmente necesario" contenido en la mercancía. Bajo el segundo, se trata de comprender el efecto subjetivo de una relación social de producción cosificada "entre personas".

Si el primer aspecto refiere a la medida del valor y concierne a su distribución entre los diferentes sectores productivos de una sociedad mercantil (es una teoría del equilibrio general), el segundo aspecto remite a la presencia en la mercancía de una fuerza de trabajo social global, y a una relación de antagonismo entre capital y trabajo en torno al mando productivo y al salario. En este sentido, la teoría del valor, en su aspecto cualitativo, contiene el concepto de la crisis y el desequilibrio producto de la lucha de clases. En su texto "General Intellect, poder constituyente y comunismo", Toni Negri explica que la ley del valor, en este último sentido, trata del valor de la fuerza de trabajo, cuya dinámica de valorización se presenta como independiente del funcionamiento de la ley del valor (en cuanto racionalidad del equilibrio). Esta tensión entre equilibrio y antagonismo muta en el capitalismo contemporáneo, en el que el trabajo social recubre el tiempo completo de vida, extendiéndose a todos los sectores de la sociedad y subsumiendo toda lógica en la lógica de la explotación (es decir, haciendo que la ley del valor solo funcione como subcapítulo de la ley del plusvalor). Bajo este modelo, el equilibrio solo se consigue por medio del control político de las variables que de otro modo desatarían su crisis (fundamentalmente la imposibilidad de contener el crecimiento de la demanda). En este sentido, la teoría del valor se vuelve una teoría del papel de las luchas en la desestructuración continua y permanente del ciclo de desarrollo capitalista, y de la composición y recomposición de los contrapoderes.

#### ¿QUIÉN EDUCA AL EDUCADOR?

Como vimos, la respuesta de García Linera al "trabajo de zapa" de la ley del valor sobre la conciencia de la sociedad movilizada era la voluntad políticamente instituida. No la voluntad de los individuos ni la de las masas -que es incalculable y opera en oleadas ofensivas y repliegues-, sino la voluntad permanente, organizada y monopólica del Estado. La revolución es una dialéctica entre oleadas multitudinarias y voluntad unitaria. Ni la insurrección -inestable, efimera, incapaz de perdurar-, ni el comunismo -creación de las masas en el largo plazo- cuentan como fundamento presente en la defensa de la legalidad socialista. La insurrección tiende a quedar como fondo y como fuente de legitimidad del poder constituyente del Estado, y el comunismo como dirección estratégica, horizonte o utopía. Y puesto que lo comunitario no se inventa desde el Estado (García Linera afirma que entre Estado y comunidad hay una antítesis inconciliable), queda abierta la pregunta sobre los modos de engendrar políticamente nuevas formas de vida.

En síntesis, la voluntad de inclusión, en su versión más radical y sofisticada, trasciende el populismo hacia una

<sup>13.</sup> Esto fue así al menos durante un largo período histórico. El economista argentino Pablo Levín afirma que a partir de los años noventa se desarrolla una nueva forma del capital (el capital tecnológico) capaz de planificar la innovación y controlar subsistemas enteros de producción. Ver Pablo Levín, El Capital Tecnológico, Buenos Aires, Catálogos, 1997.

D

teoría política socialista de cuño leninista, que se presenta a sí misma como un despliegue secuencial con los siguientes momentos: insurrección por oleadas; ocupación del Estado y convivencia con el capital; donación de tiempo para la creación de comunidad desde abajo. Para García Linera, este esquema es universal y necesario, y toda revolución socialista lo atraviesa. De modo que la revolución bolchevique, a pesar de haber devorado "las esperanzas de toda una generación, sigue ofreciendo carnadura para un posible realizable en este mundo", 14 y el marco racional de la revolución sigue resultando útil para comprender los procesos sudamericanos actuales. En síntesis, se trata de restaurar el Estado socialista entendido como voluntad organizada que dona el tiempo necesario para que maduren las nuevas relaciones comunicativas que este no puede crear. Los problemas con esta "voluntad", no obstante, persisten: por un lado "el propio educador necesita ser educado", como decía Marx. ¿Dónde se educa esta voluntad? ¿A quién escucha? ¿Qué referencias prácticas la orientan? Pero ante todo, y en un sentido más profundo, sigue faltando una teoría que permita abordar eso que ningún Estado puede garantizar por sí mismo: la creación de formas de vida en conflicto con la subjetivación mercantil.

En su libro El huracán rojo, Alejandro Horowicz presenta una lectura histórica de las dinámicas revolucionarias en base al desarrollo del doble poder tal y como maduró en Europa, de París a Moscú. El período de las revoluciones se explica mejor cuando se abandona el esquema racional (ejemplar) y se pasa a los modos concretos en que las clases sociales revolucionarias afrontaron, desde sus experiencias concretas, el problema político de

la realización de una igualdad efectiva. Esto es, no solo la igualdad según el principio mercantil del intercambio, ni la igualdad que prescribe "un ciudadano, un voto", ni siquiera la mera igualdad ante la ley. Que las revoluciones europeas hayan fracasado tiene su impacto, decididamente, pero no agota en lo más mínimo el problema planteado por la revolución sobre cómo crear momentos igualitarios fuertes (y también sobre cómo defenderlos), es decir, cómo asumir la correlación entre formas organizativas y temporalidad de la acción, correlación que solo puede ser concebida por la heterodoxia más extrema. La cuestión -¿revolucionaria?, ¿plebeya? – de la igualdad permite ligar el balance crítico de la voluntad de inclusión con todo aquello que aún no sabemos pensar.

<sup>14.</sup> Álvaro García Linera, ¿Qué es una revolución? De la Revolución Rusa de 1917 a la revolución de nuestros tiempos, La Paz, Vicepresidencia del Estado, 2017.